

Isabelle Stengers

EN TIEMPOS DE CATÁSTROFES

Cómo resistir a la barbarie que viene



LA INTRUSIÓN DE GAIA

Nombrar a Gaia y caracterizar como intrusión los desastres que se anuncian dependen, es crucial señalarlo aquí, de una operación pragmática. *Nombrar no es decir lo verdadero sino conferir a lo que es nombrado el poder de hacernos sentir y pensar en el modo en que el nombre llama.* En este caso, se trata de resistir a la tentación de reducir a un simple «problema» lo que es un acontecimiento, lo que nos cuestiona. Pero también hacer existir la diferencia entre la cuestión impuesta y la respuesta que se debe crear. Nombrar a Gaia como «la que hace intrusión» es también caracterizarla como ciega, a la manera de todo cuanto hace intrusión, a los destrozos que ocasiona. Por eso la respuesta que se debe crear no es una «respuesta a Gaia» sino una respuesta tanto a lo que provocó su intrusión como a las consecuencias de dicha intrusión.

En este ensayo, pues, Gaia no es ni la Tierra «concreta» ni tampoco Aquella que es nombrada e invocada cuando se trata de afirmar y hacer sentir nuestra conexión con esta Tierra, de suscitar un sentido de la pertenencia allí donde predominó la separación y de extraer de esa pertenencia recursos de vida, de lucha y de pensamiento.¹ Lo que se trata de pensar aquí es *la intrusión, no la pertenencia.*

¿Por qué entonces —podría objetarse— recurrir a un nombre que puede prestarse a malentendidos? ¿Por qué —me propuso un amigo— no nombrar Uranos o Cronos, esos terribles hijos de la Gaia mitológica, a lo que hace intrusión? La

1. En *La Sorcellerie capitaliste* Philippe Pignarre y yo afirmamos el sentido político de semejantes rituales.

objeción debe ser entendida: si nombrar es operar y no definir —vale decir, apropiarse—, el nombre, sin embargo, no puede ser arbitrario. En este caso, yo sé que la elección de ese nombre, Gaia, es un riesgo, pero es un riesgo que acepto porque también se trata, para mí, de hacer sentir y pensar a aquellos y aquellas que podrían sentirse escandalizados ante la idea de una Gaia ciega o indiferente. Quiero conservar la memoria de que ese nombre, Gaia, en el siglo xx tuvo puntos en contacto en primer lugar con una proposición de origen científico. Es decir, transmitir la necesidad de resistir a la tentación de una oposición brutal entre las ciencias y los saberes considerados «no científicos», cuyo acople será necesario si debemos aprender cómo dar respuesta a lo que ya comenzó.

Lo que yo llamo Gaia, en efecto, fue bautizado así por James Lovelock y Lynn Margulis a comienzos de los años 1970. Ellos sacaban las conclusiones a partir de investigaciones que de forma convergente ponen de manifiesto el denso conjunto de relaciones que acoplan lo que las disciplinas científicas solían tratar por separado: los seres vivos, los océanos, la atmósfera, el clima, los suelos más o menos fértiles. Dar un nombre, Gaia, a esa disposición de relaciones era insistir en dos consecuencias de esas investigaciones. Aquello de lo que dependemos, y que con tanta frecuencia fue definido como lo «dado», el marco globalmente estable de nuestras historias y nuestros cálculos, es el producto de una historia de co-evolución, cuyos primeros artesanos y verdaderos autores en forma continua fueron los innumerables pueblos de los microorganismos. Y Gaia, «planeta viviente», debe ser reconocida como un «ser» y no asimilada a una suma de procesos, en el mismo sentido en que reconocemos que un ratón, por ejemplo, es un ser: ella está dotada no solamente de una historia sino también de un régimen de actividad propia, que surge de la manera en que los procesos que la constituyen están acoplados unos a otros de

maneras múltiples y entrelazadas, ya que la variación de uno tiene repercusiones múltiples que afectan a los otros. Interrogar a Gaia, entonces, es interrogar algo que constituye un todo, y las cuestiones dirigidas a un proceso particular pueden poner en juego una respuesta, a veces inesperada, del conjunto.

Lovelock tal vez había dado un paso de más al afirmar que ese acoplamiento garantizaba un tipo de estabilidad que es el que se atribuye a un organismo vivo en buena salud, y las repercusiones entre procesos tienen por efecto entonces disminuir las consecuencias de una variación. Gaia parecía así una buena madre, nutricia, cuya salud debía ser protegida. En la actualidad, nuestra comprensión de la manera en que Gaia «constituye un todo» es mucho menos tranquilizadora. La cuestión planteada por el aumento de la concentración atmosférica de los gases llamados «de efecto invernadero» suscita un conjunto de respuestas en cascada que sólo ahora los científicos comienzan a identificar.

En adelante Gaia, más que nunca, es la bien nombrada, porque si fue honrada en el pasado, es más bien como la temible, aquella a quien se dirigían los pueblos campesinos porque sabían que los humanos dependen de algo más grande que ellos, de algo que los tolera, pero con una tolerancia de la que no hay que abusar. Ella era antes el culto del amor maternal, que lo perdona todo. Una madre, quizá, pero irritable, que no hay que ofender. Y era antes de que los griegos confiaran a sus dioses el sentido de lo justo y lo injusto, antes de que les atribuyan un interés particular para con sus propios destinos. Más bien se trataba de *prestar atención* de no ofenderlos, de no abusar de su tolerancia.

Imprudentemente, sin lugar a dudas se franqueó un margen de tolerancia, eso es lo que dicen cada vez más precisamente los modelos, es lo que observan los satélites y lo que saben los esquimales. Y la respuesta que Gaia corre el riesgo de dar

bien podría ser excesiva respecto de lo que hicimos, un poco como un encogimiento de hombros suscitado por el rozamiento de un moscardón. Gaia es quisquillosa, y por eso debe ser nombrada como un ser. Ya no nos enfrentamos con una naturaleza salvaje y amenazadora, ni con una naturaleza frágil, que hay que proteger, ni con una naturaleza que se puede explotar a voluntad. El caso particular es nuevo. Gaia, la que hace intrusión, *no nos pide nada*, ni siquiera una respuesta a la pregunta que impone. Ofendida,¹ Gaia es indiferente a la pregunta «¿quién es responsable?» y no actúa como justiciera; bien parece que las regiones de la Tierra que primero habrán de ser afectadas serán las más pobres del planeta, sin hablar de todos esos seres vivientes que no tienen nada que ver en el asunto. Lo que no significa en lo más mínimo la justificación de cualquier indiferencia para con las amenazas que pesan sobre los seres vivientes que habitan esta Tierra con nosotros. Simplemente, no es cosa de Gaia.

El hecho de que Gaia no nos pregunte nada traduce la especificidad de lo que está ocurriendo, de lo que se trata de poder pensar, el acontecimiento de una intrusión unilateral, que impone una pregunta sin estar interesada en la respuesta. Porque la misma Gaia no está amenazada, a diferencia de las muy numerosas especies vivas que serán barridas por el anunciado cambio de su medioambiente, de una rapidez sin precedentes.

1. Ofendida pero no vengativa, porque evocar a una Gaia vengativa es atribuirle no sólo una memoria sino también una interpretación de lo que ocurre en términos de intencionalidad y de responsabilidad. Por la misma razón, hablar —como hace hoy James Lovelock— de la «revancha» de Gaia es movilizar un tipo de psicología que no me parece pertinente: uno toma revancha contra alguien, mientras que la cuestión de la ofensa es del orden de la comprobación. Se dirá, por ejemplo: «parece que ese gesto la ofendió; me pregunto por qué». Correlativamente, no se lucha contra Gaia. Hablar incluso de una lucha contra el calentamiento es inapropiado; si se trata de luchar, es contra lo que provocó a Gaia, no contra su respuesta.

Los innumerables seres vivos que son los microorganismos, en efecto, seguirán participando en su régimen de existencia, el de un «planeta viviente». Y es precisamente porque ella no está amenazada por lo que dará un sentido de caducidad a las versiones épicas de la historia humana, cuando el Hombre, erguido sobre sus dos patas y aprendiendo a descifrar las «leyes de la naturaleza», comprendió que era dueño de su destino, libre de toda trascendencia. Gaia es el nombre de una forma inédita, o si no olvidada, de trascendencia: una trascendencia desprovista de las altas cualidades que permitirían invocarla como árbitro o como garante o como recurso; una disposición quisquillosa de fuerzas indiferentes a nuestras razones y a nuestros proyectos.

La intrusión del tipo de trascendencia que yo llamo Gaia hace existir en el seno de nuestras vidas una incógnita mayor, y *que ha venido para quedarse*. Por otra parte, es lo que tal vez sea lo más difícil de concebir: no existe un porvenir previsible donde ella nos restituya la libertad de ignorarla; no se trata de un «mal momento que pasará», seguido de una forma cualquiera de *happy end* en el sentido pobretón de «problema arreglado». Ya no estaremos autorizados a olvidarlo. Incesantemente deberemos dar cuenta de lo que emprendemos frente a un ser implacable, sordo a nuestras justificaciones. Un ser que no tiene un portavoz, o más bien cuyos portavoces están expuestos a un porvenir monstruoso. Es conocido el viejo estribillo del «somos demasiado numerosos, ése es el problema», que por lo general viene de expertos bien alimentados, asiduos a los aviones, y cuya desaparición prematura ciertamente permitiría una economía energética envidiable. Pero si se escucha a Lovelock, hoy convertido en profeta del desastre, sería necesario, para apaciguar a Gaia y vivir razonablemente bien en armonía con ella, reducir la población humana a unos 500 millones de personas. Los cálculos llamados racionales, que desembocan en que la única solución es la erradicación de la inmensa

mayoría de los humanos de aquí al fin del siglo, apenas disimulan el delirio de una abstracción mortífera y obscena. Gaia no pide semejante erradicación. Ella no pide nada.

Nombrar a «Gaia», vale decir, asociar una disposición de procesos materiales que no requiere ni ser protegida ni ser amada ni puede ser doblegada por la manifestación pública de nuestro remordimiento, con la intrusión en nuestra historia de una forma de trascendencia, no debería ofender especialmente a la mayoría de los científicos. Ellos mismos tienen la costumbre de dar un nombre a aquello a lo cual le reconocen el poder de hacerlos pensar e imaginar, lo cual es el sentido mismo de la trascendencia que yo asocio con Gaia. Ciertamente, sólo pondrán el grito en el cielo los que se plantan en la posición de «guardianes de la razón y del progreso». Estos denunciarán una regresión terrible que nos haría olvidar la «herencia de la Ilustración», el gran relato de la emancipación humana sacudiendo el yugo de las trascendencias. Su papel ya está asignado. Tras haber contribuido al escepticismo de los modelos climáticos (pensemos en Claude Allègre),* van a consagrar toda su energía en recordar a la opinión siempre crédula que tiene que mantener el rumbo y creer en el destino del Hombre, y en su capacidad para triunfar de todos los «desafíos». Lo que muy concretamente significa el deber de creer en la ciencia, ese cerebro de la Humanidad, y en la técnica, al servicio del progreso. Excitar sus alaridos no me divierte ni me da miedo.

* En 1987, Claude Allègre es uno de los primeros científicos en indicar la existencia de un calentamiento climático causado por el aumento de la tasa de CO₂ procedente del uso de combustibles fósiles por parte del ser humano. En 2006 cambia de opinión y pone en tela de juicio el origen humano del calentamiento climático. También critica la inscripción del principio de precaución en la Constitución, acusando a la ecología contestataria de haberse «convertido en un negocio muy lucrativo para algunos» [N. del T.].

La operación de nombramiento, pues, no es en absoluto anticientífica. En cambio, puede hacer pensar a los científicos, impedir que se apropien de la cuestión impuesta por la intrusión de Gaia. Los climatólogos, glaciólogos, químicos y otros hicieron su trabajo, y también lograron hacer sonar la señal de alarma a pesar de todas las tentativas de sofocación, imponer «una verdad que molesta» a pesar de las acusaciones de que fueron objeto: haber mezclado ciencia y política, o de no ser así estar celosos del éxito de sus colegas cuyos trabajos contribuyen a cambiar el mundo natural mientras que ellos se limitan a describirlo, o incluso presentar como «probado» lo que sólo es hipotético. Ellos supieron resistir porque sabían que el tiempo contaba, y que no eran ellos sino aquello a lo cual se dirigían lo que en efecto mezclaba cuestiones científicas y cuestiones políticas, y sobre todo la cuestión de lo que justamente estaba en vías de ponerse en lugar de la política: el nuevo orden económico en camino de imponer sus imperativos al planeta en su conjunto. Nombrar a Gaia es ayudarlos a resistir una nueva amenaza que, por una vez, fabricaría en efecto la peor de las confusiones entre ciencia y política: que pregunten a los científicos cómo responder, que confíen en ellos para definir lo que conviene hacer.

Por otra parte, eso es lo que se está produciendo, pero con otros tipos de «científicos». A partir de hoy son los economistas los que se activan, y en un modo que garantiza que, como muchos efectos «no deseados», la cuestión climática va a ser encarada desde el punto de vista de las estrategias «plausibles», es decir, susceptibles de convertirla en una nueva fuente de beneficios. Sin perjuicio de resignarse, en nombre de las leyes de la economía —que son duras pero que, afirmarán, son leyes—, a una Nueva Orleans planetaria. Sin perjuicio de que las zonas definidas como rentables del planeta deban, en toda escala, del barrio al continente, defenderse por todos

los medios necesarios contra la masa de aquellos a quienes se opondrá probablemente el famoso «no podemos recibir a toda la miseria del mundo». Sin perjuicio, en suma, de que la sucesión de los «es muy necesario» instale, plenamente, abiertamente desplegada, la barbarie que ya está penetrando nuestros mundos.

Los economistas y otros candidatos a la producción de respuestas globales fundadas en la «ciencia» para mí no existen sino como poder de perjudicar. Su autoridad sólo existe en la medida en que el mundo, nuestro mundo, siga siendo lo que es, vale decir, destinado a la barbarie. Sus «leyes» suponen ante todo que «nosotros» nos quedemos en nuestro lugar, sosten-gamos los roles que nos fueron asignados, tengamos el egoísmo ciego y la incapacidad congénita de pensar y de cooperar que hace de la guerra económica en todos los frentes el único horizonte concebible. Por lo tanto, sería perfectamente inútil «nombrar a Gaia» si sólo se tratara de combatirlos. Pero se trata de combatir lo que les da autoridad. Aquello contra lo cual se alzó el grito: «¡Otro mundo es posible!».

Ese grito no perdió nada, realmente nada, de su actualidad. Porque aquello contra lo cual se alzó, el capitalismo —el de Marx, por supuesto, no el de los economistas norteamericanos—, se activa ya preparando minuciosamente sus propias respuestas a la cuestión que se nos impone, respuestas que nos llevan de cabeza a la barbarie. Lo que significa que la lucha reviste una urgencia inédita, pero que aquellos y aquellas que están comprometidos en esta lucha también deben enfrentar una experiencia de la que realmente no tenían necesidad, de la que podrían verse tentados a hacer abstracción, precisamente en nombre de la urgencia. Nombrar a Gaia *es nombrar la necesidad de resistir esa tentación*, la necesidad de pensar a partir de esa experiencia: *no tenemos elección, porque ella no va a esperar*. Que no me pregunten qué «otro mundo» será posible, quien se

haya vuelto capaz de contemporizar con ella. La respuesta no nos pertenece, pertenece a un proceso de creación cuya terrible dificultad sería insensato y peligroso subestimar, *pero que sería suicida considerar imposible*. No habrá respuesta si no aprendemos a acoplar lucha y compromiso en ese proceso de creación, tan vacilante y balbuceante como sea.